

Evocación del 21 de abril de 1914

La Redacción de la Revista General de la Armada de México, en ocasión del L Aniversario de la gloriosa jornada del 21 de abril de 1914, ha pedido a varios de los supervivientes, un pequeño relato de sus impresiones de aquél día inolvidable. La REVISTA GENERAL DE LA ARMADA DE MEXICO agradece cumplidamente la gentileza de los compañeros supervivientes que nos han remitido su recuerdo personal de la jornada y que a continuación publicamos, sin enmiendas ni alteraciones, tal como cada uno de ellos ha evocado aquella gloriosa fecha. La categoría de los autores es la que ostentaban el día que se conmemora.

Teniente Mayor Modesto SAENZ JUAREZ



Por aquellos días, las comunicaciones con el Puerto de Tampico, a donde tenía or-

den de trasladarme a tomar el mando de la Corbeta Escuela "ZARAGOZA", se encontraban interrumpidas por tierra; a ello se debe que me encontrara en el de Veracruz, en espera de barco que me llevara a mi destino.

El día de los acontecimientos que se conmemoran, como a las once de la mañana, en un ambiente de inquietud pero sin sospechar de lo que estaba por suceder, caminaba por la calle de Emparan a dejar una carta en el Correo; cuando, al llegar al antiguo faro "Benito-Juárez" observé que los corredores del edificio de Correos y Telégrafos estaban totalmente ocupados

por soldados armados y bien pertrechados de la Infantería de Marina de la Armada Americana.

La sorpresa fue tan brusca que no sabría expresar con palabras el efecto producido en mi ánimo; pero el hecho no me dejó duda de que se trataba de una ALEVOSA INVASION, y sacudido fuertemente por innato sentimiento de amor patrio, reaccioné en seguida y obedeciendo al llamado del deber (iba uniformado), rápidamente me trasladé a nuestra HEROICA ESCUELA llegando a ella en los momentos en que se cerraban las puertas y se preparaba su defensa en precioso ambiente de entusiasmo patriótico de todo su personal y especialmente de los jóvenes cadetes.

En tales momentos y en los que siguieron, sentí la vivísima impresión de estar contemplando los hechos gloriosos de nuestro Heroico Colegio Militar de CHAPULTEPEC; y pienso que igual alucinación han de haber sentido todos los que en alguna forma tuvieron el honor de participar en la defensa de tan sagrado recinto.

Más tarde, en presencia de la granizada de balas que rebotaban alrededor de nuestro HEROE MAXIMO; JOSE

AZUETA, seguramente ninguno de nosotros sabía qué admirar más: Si el valor temerario, pero tranquilo, nacido del sublime patriotismo del Hijo, o de la serenidad del Padre, nacido del cumplimiento del deber, como cabeza directora de aquella desigual lucha.

Cayó al fin gravemente herido el inmortal hijo de la Escuela Naval Militar de Veracruz, teniente de Artillería JOSE AZUETA; enmudeció su ametralladora y él, herido de ambas piernas no podía seguir combatiendo ni salvar su vida por sí mismo. Tengo entendido que fué Alfredo Cañete, su compañero de Artillería e hijo también de la Escuela Naval, quien sin medir el peligro, lo sacó de la zona peligrosa.

Un acontecimiento vivido intensamente por mí, por haber tenido la suerte de encontrarme a su lado en los momentos trágicos es el siguiente: URIBE hacía fuego teniendo como parapeto el lado derecho de la cómoda que servía de barricada, frente a un balcón de la fachada que mira al NW.; entre tanto yo trataba de localizar a los tiradores enemigos que avanzaban sobre la Escuela cubriéndose con las columnas y escombros del mercado en cons-

trucción; terminó de disparar una carga de su fusil y se agachó hacia la cama de la derecha para tomar un nuevo cargador; al hacer ésto pasó su cabeza por el claro entre cómoda y cama, siendo éste el instante en que una traidora bala enemiga le penetró por la frente; tuve tiempo de evitar que cayera sobre el pavimento, recogiéndole en mis brazos mientras gritaba a los compañeros "*Bautizo de Sangre*" y pedía ayuda.

El primero en llegar a nosotros fué el alumno Carlos A. Menéndez que lo tomó de mis brazos; y en seguida otros compañeros que no recuerdo,

lo llevaron cargando a la improvisada enfermería; se acercaron también al herido, el Comodoro Azueta y el Comandante Carrión, quien al verme casi cubierto con la sangre de Uribe, me ordenó cambiármelo en seguida, orden que cumplí con disciplina, lamentando más tarde no haber recogido aquella reliquia al momento de evacuar la Escuela, para ponerla posteriormente en manos de los Padres de URIBE.

Esta fué para mí, la emoción más intensa de aquella jornada y que más viva conservo en la memoria.

Aspirante de 2ª GUSTAVO A. BRAVO



El 21 de Abril de 1914 la Escuela Naval Militar se dispuso a la defensa. Los Alumnos fueron repartidos en los dormitorios, cubriendo los balcones del edificio que fueron atrincherados con los colchones, cómodas y bancos, pues no había otros elementos, que más que trincheras parecían cómodos reclinatorios para poder tirar.

A la una y media de la tarde aproximadamente, comenzaron a desembarcar los americanos por el lado sur del muelle fiscal y pasar frente al

costado de la Escuela recibiendo los primeros fuegos de los alumnos que protegían el lado Norte de la Escuela. Precisamente en ese lado norte, en el dormitorio de la primera brigada y en el sexto balcón que daba a la Aduana Marítima, en donde estaban parapetados los invasores, se encontraba el cadete Virgilio Uribe.

De la Aduana Marítima se comenzó a recibir el fuego de fusilería. Este fuego fué el que ocasionó la muerte del alumno Virgilio Uribe. Una bala expansiva penetró en su frente destrozándole el cráneo en su parte posterior, en los precisos momentos en que parado frente a dicho balcón, introducía en su fusil una nueva carga de cartuchos para seguir disparando. Cayó de espaldas en estado de coma, botando hacia atrás los cartuchos que tenía, quedando moribundo.

Perteneciendo a la segunda brigada de la que yo era el jefe como Aspirante de Segunda, lo recogí junto con otro compañero y lo llevamos al

dormitorio chico de la misma segunda brigada, acostándolo en su cama. Con mi pañuelo le limpié su boca llena de sangre y le quité la corbata marinera que usábamos en el traje diario, también manchada de sangre. Al poco tiempo miembros de la Cruz Roja se lo llevaron al Hospital más cercano a la Escuela. Hospital de San Sebastián, en donde dejó de existir.

Cerca de las siete de la noche se acordó la salida de la Escuela, siguiendo camino a pie por la vía del ferrocarril mexicano llegando a Tejería. Después se continuó la marcha por tren hasta la capital de la República.

Al arribar el convoy a la Villa de Guadalupe, subieron los padres de Virgilio Uribe a inquirir sobre su hijo, enterándose con dolor del infausto acontecimiento. Con hondo sentimiento y pena les hice entrega del pañuelo de Virgilio y de su corbata marinera.

Que Dios lo tenga en su seno. Ya la Patria lo tiene en el pedestal de los héroes.

Aspirante de 3^a ESTEBAN MINOR CARRO

En estas líneas trataré de narrar algunas de mis impresiones recogidas durante la jornada del 21 de abril de 1914,

fecha de la defensa del H. Puerto de Veracruz contra la Segunda Invasión Norteamericana, en la que el personal



de la H. Escuela Naval Militar cumplió con su deber para con la Patria.

A las 9.30 de la mañana del citado día, cuando escuchábamos la Clase de Electricidad a cargo del Maestro Vicente Camporellondo, irrumpió en el salón el Cabo de Cuarto visiblemente emocionado, quien después de guardar las normas reglamentarias se dirigió al Maestro y dijo: "Señor Profesor, ordena el señor Director suspenda de inmediato su clase y deje en libertad a los Cadetes para que acudan a cumplir con su deber de soldados; las tropas Norteamericanas están desembarcando en el Muelle de la Terminal y ya

se han apoderado de la Aduana Marítima".

Gran estupor e indignación fueron nuestra primera reacción al escuchar tan tremenda e inesperada noticia. Un sólo pensamiento fue nuestra siguiente reacción "A las armas".

Rápidamente desfilamos hacia el patio principal donde rompimos filas. Varios grupos de Cadetes comentaban las noticias que una tras otra llegaban a la Escuela, y todos se preguntaban: "¿Cuándo ordenará la Superioridad que entremos en acción". Pronto llegó la abominable noticia del abandono de la Plaza por el Jefe de la Guarnición, General Gustavo A. Maas y sus tropas. Fue un alivio saber que el Teniente Coronel Contreras con las fuerzas a su mando y voluntarios civiles que se le unieron ya habían tomado contacto con las fuerzas invasoras y luchaban tenazmente para contener su avance. También llegó la desoladora noticia del abandono de la batería fija de Santiago por su personal y el retiro de su artillería. A medida que se sucedían estas noticias crecía nuestra desesperación y angustia por tomar las armas.

En mis ratos de abstracción acudían a mi memoria algu-

nos capítulos de nuestra Historia : El temerario arrojo de Hidalgo, la heroica resistencia de Morelos, la gloriosa gesta de Zaragoza, la bizarra y sublime acción de los heroicos Cadetes del Colegio Militar y del Coronel Santiago Xicotencatl. También vinieron a mi memoria los pasajes negros de nuestra Historia: la nefanda cobardía de Santa Anna, la traición de Paredes y Arriolla, la ineptitud del General Alvarez, etc. El impacto que estas acciones dejaron en mi alma cuando niño florecían ahora con violencia en estos instantes supremos y decisivos de mi vida. Los hechos odiosos espoleaban mi cólera y sed de venganza; las acciones gloriosas fortalecían y estimulaban mi ánimo para el combate y hacían sentirme en situación privilegiada para mis deberes ciudadanos y de soldado.

El murmullo que originó la llegada del C. Comodoro Manuel Azueta a la Escuela interrumpieron mis meditaciones, eran las once horas aproximadamente. Después de ponerse en contacto con el Director, Capitán de Navío Rafael Carrión, en compañía de éste se dirigió al corredor de frente a la Biblioteca donde procedió a arengarnos en la siguiente

forma: "¡Muchachos, "Viva México", "Viva México", "Viva México"! A lo cual contestamos a una sola voz con todo el ardor de la juventud: "¡Viva!" las tres veces, y en seguida rubricó su arenga con esta suprema orden: "A las armas, muchachos". Imposible me sería describir la emoción que esta arenga causó en nuestros corazones, sólo diré que han sido los instantes excelsos de mi vida.

Todos acudimos a tomar las armas presurosos y la dotación de parque correspondiente. En seguida corrimos a cubrir los puestos que nos fueron designados. Pronto se generalizó la lucha y cada uno cumplía con su deber. En ningún momento decayó nuestro espíritu combativo ni ante la superioridad numérica y del armamento del enemigo, ni ante su alarde de fuerza bombardeando el frente del Edificio de la Escuela; desde bajo de los escombros de los muros seguimos conservando nuestros puestos cumpliendo con la consigna "Salvar la dignidad de la Patria".

Sin mengua del deber cumplido por todos los combatientes, justo es citar algunos hechos salientes de esa jornada: El centinela Eduardo Colina, al estallar la primera grana-

da a escasos tres metros de su puesto: el instinto y la sorpresa le hicieron ponerse a salvo, pero sólo inició su intento un instante porque el sentido del deber militar lo reintegraron a su puesto gritando en seguida: "Cabo de Cuarto"; éste acudió rápidamente al llamado, y preguntó: "¿Qué ocurre, centinela?" A lo que el centinela respondió: "Doy parte de que acaba de estallar una granada en el Cuerpo de Guardia". El cabo de Cuarto con toda serenidad recalcó: "Conserve su puesto" orden que fue cumplida. Ricardo Ochoa Díaz, deseoso de tomar contacto más estrecho con el enemigo, saltó la barda de las atarazanas y se apostó en el jardín contiguo a la Escuela desde donde estuvo hostilizan-

do a las fuerzas invasoras. Los hechos gloriosos de José Azueta y de Virgilio Uribe ya pertenecen a nuestra Historia.

Ahora, a cincuenta años de distancia de aquella gesta, es preciso destacar y recalcar esta verdad: La prédica en la cátedra de Historia Patria y los actos cívicos en los que se exalta y honra la memoria de nuestros héroes y de cuantos en alguna forma se distinguieron en nuestras luchas libertarias. Con factores decisivos en la forja y temple del espíritu de nuestra niñez; gracias a esta forja y temple aprende a amar a su Patria y a defender con su vida si fuera necesario, su libertad que es la única razón de la existencia y la esencia de todo ser humano.

Cabo de Alumnos DAVID FERNANDEZ PADILLA

El 21 de Abril de 1914, siendo ya Cabo de Alumnos en la Escuela Naval, las labores habían comenzado como de costumbre sin la menor idea en nuestras mentes de lo que pasaría pocas horas después y muy ajenos a los sucesos por desarrollarse. Nos encontrábamos en clase de Electricidad los Alumnos de Cuarto año, asignatura que estaba a cargo de nuestro muy querido

Prof. Ing. Vicente Campo Redondo, muy buen Matemático y por ende muy afecto a ellas, de lo que nos aprovechábamos cuando no sabíamos o no queríamos dar la clase, poniendo en el pizarrón alguna fórmula de Cálculo Integral, la que al verla, preguntaba invariablemente si era una fórmula que no habíamos podido resolver y él haciendo gala de sus conocimientos, co-

menzaba su desarrollo y así transcurría la hora de clase y salíamos muy contentos.

En esos menesteres estábamos, cuando oímos una voz estentórea que gritaba "VIVA MEXICO" y en seguida el toque de corneta tocando llamada, por lo que precipitadamente salimos a formar viendo al Sr. Comodoro Dn. Manuel Azueta, que le hablaba acaloradamente al Director Cap. de Navío Dn. Rafael Carreón y le decía que los Americanos estaban desembarcando para atacar al Puerto y era necesario que nos dispusiéramos a defender a la Escuela contra cualquier ataque por parte de las fuerzas extranjeras que cometían semejante atropello a la Soberanía de nuestra Patria. Inmediatamente nos desfilamos hacia el Depósito de Armas, ordenándonos tomar nuestros fusiles y fornituras con sus correspondientes dotaciones de cartuchos distribuyéndonos en los diferentes balcones, en donde, a guisa de trinchera acomodamos los colchones y nuestras cómodas como defensa moral ya que realmente no ofrecían más abrigo que no dejarnos ver y no tener que asomarnos para disparar; ya que se oían disparos por el lado de la Terminal que poco a poco se iban



acercando presumiendo que los Americanos avanzaban en dirección de la Escuela lo que así era en efecto comenzando nosotros a dispararles. Me encontraba en uno de los balcones que daban al frente de una construcción y junto al jefe del Detall, Cap. de Corbeta Dn. Juan de Dios Bonilla, quien nos ordenaba con voz calmada que pusiéramos toda atención al disparar, para no desperdiciar cartuchos, cuando se acercó el Cadete Virgilio Uribe a quien todos queríamos por ser de los Cadetes más chicos que tenía la Escuela y ser casi un niño, pidiendo permiso para estar

en el balcón a cuya petición accedió el Sr. Bonilla y en esos momentos oí que alguien me gritaba "vente viejo" (ese mote tenía) vamos al salón de dibujo que desde sus balcones se ve perfectamente el Malecón y podremos disparar mejor; eran, el Cabo de Alamos Rafael Vázquez del Mercado y el Cadete Ignacio Fernández de Castro a quienes seguí penetrando a dicho salón y desde cuyos balcones efectivamente se dominaba el Malecón a donde comenzaban a llegar lanchas cargadas de tropas y a las que les comenzamos a disparar tendidos pecho a tierra cada uno de nosotros en cada balcón y seguramente nuestros disparos hacían blanco, pues veíamos claramente cómo se arrojaban los soldados al mar.

Fué entonces cuando el buque de guerra americano que se encontraba fondeado frente al Castillo de San Juan de Ulúa lanzó su primera granada al edificio de la Escuela destrozando parte de la cornisa cercana a la azotea; presumiendo, que solo nos querían asustar pensé que si hacían otro disparo calcularía su distancia, por el intervalo transcurrido entre la luz del fogonazo y el sonido del disparo; para poder arreglar el alza de mi fusil y disparar contra

el barco, entonces ví un fogonazo y al comenzar a contar sentí un estremecimiento y oí un estruendo dentro del salón de Dibujo en donde penetró un proyectil derribando las mesas de dibujo y llenando la pieza de tierra de los muros que perforó haciendo explosión; por lo que levantándome de mi lugar iba a decir a mis compañeros que nos saliéramos si no queríamos que nos hicieran pedazos pero ellos ya lo habían hecho, alcanzándolos en el corredor y comenzamos a comentar el caso y condenando la acción de los Americanos que contestaban nuestros disparos de fusil con cañonazos; bajamos la escalera en cuyo pie se encontraba el Teniente de Corbeta Oficial de la Escuela Antonio Gómez Maqueo en unión del Cadete Juan Sánchez Terán, con quien me quedé comentando los acontecimientos cuando vimos a unos camilleros que en una camilla, bajaban gravemente herido al Cadete Virgilio Uribe con un horrible boquete en la parte posterior de la cabeza por donde había salido el balazo que penetró por la frente; al ver que lo bajaban con la cabeza hacia abajo se los hice ver así a los camilleros que, no supe quién los había llamado, quienes enmendando su error, vol-

tearon la camilla y así pasaron frente a nosotros y yo sin tomar en cuenta que estaba conmigo un superior, dije con voz de mando "Descúbranse" y todos con respeto lo hicimos y el Teniente de Corbeta Gómez Maqueo no hizo objeción alguna; los camilleros se dirigieron a las atarazanas por donde sacaron al herido para llevarlo al Hospital en cuyo trayecto según supimos después, había fallecido.

Ya al atardecer, el tiroteo se había hecho menos intenso y al caer la luz del día, recibimos ordenes de abandonar la Escuela, no sin antes proveernos de bastantes cartuchos y solamente con el parque, nuestro espadín y nuestro capote, salimos por las atarazanas guiados por el personal de Jefes y Oficiales y acompañados de la servidumbre, nos dirigimos hacia los "Cocos" siguiendo por la vía del ferrocarril y á pié rumbo a Tejería en donde pernoctamos en el portal de una casona. Al día siguiente nos embarcaron en un tren rumbo a la ciudad de México internándonos en el Colegio Militar de Chapultepec.

Al pasar por la estación de Esperanza al amanecer, la tropa que se encontraba en ese lugar al mando del General Luque, nos rindieron honores

presentando armas a nuestro paso.

A la llegada a México se nos permitió a los que teníamos familia en la Capital, salir, pero vestidos de paisanos ya que habíamos llegado solamente con nuestro uniforme de faena; los Alumnos del Colegio se prestaron gentilmente a facilitarnos ropa.

Nuestros cursos escolares siguieron normalmente en el Colegio Militar y al terminar el año escolar y después de los exámenes salimos de vacaciones no regresando por haber sido clausurado el Colegio Militar y suprimido la Escuela Naval al triunfo de la Revolución.

Debo al destino el regalo magnífico de haber podido admirar, de entre los muchos actos de valor que hubo ese día, cuatro heroísmos: El de un cadete a quien la metralla, no fué capaz de hacerlo abandonar su puesto; un padre que domina su dolor ante el deber; un hijo, digno de su padre, que hace derroche de valor, y un Cadete que muere sonriente, por su patria.

Estando de centinela en la puerta principal y como al rededor de las once de la mañana, ví llegar apresuradamente al Comodoro don Manuel Azueta quien, desde la Pre-

vención lanzó un grito de "Viva México" que durante 50 años tuve por milagroso, por los resultados, pues en menos de cinco minutos pude advertir a las Brigadas, formadas, armadas y pertrechadas.—Inmediatamente se procedió a "FORTIFICAR" la Escuela, cerrando puertas exteriores y con colchones convirtiendo las ventanas en trincheras.— El enemigo desembarcaba confiadamente por el malecón del paseo, formando en línea desplegada; pero, 111 días de práctica ininterrumpida de Tiro de Fusil le causaron muchas bajas. La represalia se manifestó de inmediato, a las 1204, en varios tiros de cañón ligero que hicieron impacto en la puerta. Y puedo precisar la hora porque acababa de entregar la guardia al cadete Eduardo Colina quien, no obstante ver los impactos tan cerca de él (centímetros) continuó en su puesto hasta que el Oficial de guardia le ordenó retirarse. Tal vez media hora después o quizá menos, un Cañonero disparó una andanada de granadas que no explotaron porque en vez de espoleta tenían tapón, pero si

traspasaron hasta cinco muros.

En un balcón del dormitorio de la Segunda Brigada, el señor Comodoro Azueta, contemplaba el sacrificio sublime de su hijo JOSE. Intensamente pálido, inmóvil y sin hablar, permaneció el heroico padre, mucho, pero mucho tiempo, hasta que le comunicaron la caída del cadete URIBE, que sonriente, reponía la carga de su fusil cuando fué abatido. Entonces se dirigió el señor Comodoro Azueta al dormitorio de la Primera Brigada a animar la defensa por ese lado y a reunirse con los demás Jefes para, posteriormente, decidir la suerte de los Cadetes.

Hace pocos días, haciendo recuerdos con los compañeros Manuel Aguilar y Max Remes, me enteraron de que en clase tuvieron noticias del desembarco del enemigo y que estaban preparándose a armarse cuando llegó el Comodoro Azueta. El milagro del grito quedó aclarado. Pero... creo que nunca llegaré a saber por qué las granadas tenían tapón.

Cadete IGNACIO RIOS MARTINEZ



Era yo Cadete de la Heroica Escuela Naval Militar y el 21 de Abril de 1914 principió para nosotros como cualquier día normal concurrendo a nuestras clases, las que se suspendieron como a las once horas y todos los cadetes conglomerados en el patio principal de la Escuela empezamos a comentar lo que se decía, que las fuerzas de Infantería de Marina de los Estados Unidos Americanos iban a desembarcar de los Acorazados surtos frente a la bahía del Puerto a mancillar el suelo de nuestra querida Patria.

Llegó en esos momentos el Sr. Comodoro Manuel Azueta y con voz alta nos dijo: A las

Armas muchachos, la Patria está en peligro" y contestamos a su Arenga diciendo a una voz VIVA MEXICO, viva nuestra Escuela Naval Militar; procedimos inmediatamente a armarnos y ligados todos por un solo pensamiento, producto de la disciplina que se nos había impartido y del recuerdo de la "Jura a la Bandera" corrimos a ocupar los puestos que se nos asignó; improvisando Barricadas, defensas y aspilleras en diferentes lugares de la Escuela y en las ventanas y comenzó la defensa. Como las fuerzas invasoras sintieron el empuje de la defensa que hacía la Escuela Naval, las Unidades de la Armada Americana empezaron a bombardear la fachada de la Escuela, la defensa seguía, pasaron junto a mí al cadete Virgilio Uribe chorreando sangre de su cabeza y de su frente, con cuanta pena lo vi y lo sentí, porque este Héroe fué un compañero de mi antigüedad.

Todo el personal de Jefes, Oficiales y Cadetes estuvimos en nuestros puestos, no concurrimos al comedor como era natural, pero allí se nos impartió algo de comer, que casi ninguno tomamos.

El Director de la Escuela

Naval Militar, el Comandante Rafael Carrión, fué mi profesor de "Fortificación en Campaña" y nos exigía mucho, tal vez porque ya presentía que allí, delante de él, íbamos a poner en práctica los conocimientos que nos impartió.

En la noche se nos ordenó la evacuación de la Escuela, la que se hizo en orden y sin prisas.

El recuerdo de este Acto, vive y vivirá en mí toda mi vida y más aún porque terminé

mi carrera y presté mis servicios a la Armada de México, hasta alcanzar el grado de Capitán de Corbeta del Cuerpo General Permanente, en que pedí mi licencia ilimitada y tuve el honor de ser Condecorado por este Acto y más tarde se me concedió mi pensión de Retiro.

Termino el modesto relato de mis impresiones enviando respetuosos saludos a todo el Personal de Jefes y Oficiales de la Armada de México.

Cadete Ramón MOYA RAMIREZ



El primer disparo que partió de la Escuela Naval fue hecho por el entonces Cabo de Cadetes, Francisco Pérez Chípuli, quien se encontraba en una de las barricadas del dormitorio de la primera brigada, que hace esquina en las calles de Arista y Landero y Cos. En efecto, atrás del mercado de pescadería había un mercado en construcción abandonado, prácticamente una ruina, entre los escombros vimos avanzar una patrulla de Infantería de Marina Americana, a la cual no se le hizo fuego pues nuestras instrucciones eran de no hacerlo hasta que nos lo ordenaran. Un infante de marina iba se-

parado como explorador, unos 15 o 20 metros adelante de la patrulla, rebasó la abandonada construcción, ya citada, y al salir a la calle de Arista el Cabo Pérez Chípuli disparó y ese fue el primer disparo nuestro y la primera bala de los invasores causada por la Escuela Naval.

Otro interesante recuerdo es el siguiente: Al medio día repartieron el "rancho" en las posiciones de combate y no puedo olvidar que fueron chiles rellenos, pues cada vez que los como me invade una especie de nerviosismo recordando aquel día y aquella hora. Por cierto que muy oportuno el reparto de alimentos, porque momentos después una granada, probablemente "embrujada", disparada por el "Praire", atravesó la pared frontal por la clase de dibujo, la pared de intercomunicación con el dormitorio de la segunda brigada, la siguiente pared del propio dormitorio, descendió por el patio de tiro y explotó en la cocina; si el personal no hubiera estado ocupado en repartir los alimentos, hubieran muerto todos indiscutiblemente.

El tercer recuerdo, ya demasiado conocido por cierto, es el dé: "permítame otro tiritito, mi Teniente". La guardia, por precaución e iniciativa del Comandante de la misma, Sr. Segundo Teniente, Antonio Gómez Maqueo, había sido retirada, protegiéndose en los pilares del corredor inmediatos al cuerpo de guardia, dejando únicamente al centinela, Cadete Eduardo Colina. Una granada estalló en la viga maestra de la prevención destruyendo toda esa parte del muro. Se pensó que el centinela había muerto, ya por la explosión o ya por el derrumbe, pero súbitamente y cubierto de polvo surge entre las ruinas el Cadete Colina, disparando su fusil con furia endiablada sobre un cuerpo de desembarque americano que invadía por la escala número cuatro del malecón. El Teniente Gómez Maqueo le ordeno retirarse inmediatamente de puesto tan peligroso y contesta el centinela: mi Teniente, permítame otro tiritito, pero las paradas seguían saliendo por la boca de su fusil, hasta que el propio Teniente Gómez Maqueo tuvo que materialmente, hacerlo cumplir la orden recibida.

Cadete EDMUNDO GARCIA VELAZQUEZ.

El día era brillante y esplendoroso, de aparente tranquilidad, el infinito de un cielo azul transparente cubría el horizonte de la mar en calma, de un matiz añil esmaltado y obscuro que contemplándolo daba la sensación de un sedante a las inquietas ilusiones de los jóvenes cadetes, así era el estático escenario que presagiaba la transición de la calma a la tormenta.

Todos cumplíamos con nuestros deberes de rutina y estudio, en la Escuela la vida cotidiana era normal, nada sabíamos de extraordinario, los cadetes del 50. año, estábamos en el Salón de Actos y Biblioteca situada en la planta alta a la mitad del frente principal que daba a la bahía, intempestivamente a las 11-20 horas más o menos, un grito del centinela de la puerta principal, dá la alarma "de movimiento de embarcaciones para el desembarco de fuerzas invasoras", conmueve nuestros corazones bien puestos y llenos de patriotismo; bajo a la guardia y enterado del inminente acontecimiento, siento algo sublime, una conformidad y a la vez una exaltación fogosa y decidida de ofrendar mi vida luchando para defender a mi Patria.



"En ese instante veo que del otro extremo del patio principal, salía precipitadamente el panadero y sobre el libro que llevaba escribí en un pedazo de papel, a la que es mi esposa: "Muero por la Patria pensando en tí" entregándoselo para que lo llevara a su destino.

Se suceden inolvidables acontecimientos, Pepe Azueta, ya Teniente de Artillería, que fué de mi antigüedad, pasa por la acera y frente a la guardia nos dice con gallardía "estaré con ustedes..."

Llega el momento decisivo, entra majestuoso a la Escuela el ilustre varón Comodoro

Don Manuel Azueta muy querido por sus méritos y cariño a la Escuela y a los cadetes, toma el mando por su rango y decisión, ordena al pasar por la guardia se toque llamada, mientras sube arrogante por la escalera de caracol y al expirar el toque, todos quedamos formados en línea desplegada en nuestros puestos de las dos brigadas y desde el barandal del corredor frente al Detall rodeado de los Jefes y Oficiales, en vibrante arenga nos dice: "Ha llegado el momento de tomar las armas para defender a la Patria y da un ¡Viva México! que todos enardecidos contestamos con otro ¡Viva Méjico!. Se nos desfila para tomar las armas, lo hacemos con júbilo delirante, en perfecto orden y, se manda cubrir el frente y costado izquierdo de la Escuela que da al Malecón.

En esos instantes el invasor pretende desembarcar por las escalas del mismo malecón, frente al Edificio de Faros confiado en que el heroico pueblo de Veracruz no tenía armas y es cuando la Escuela Naval toma la iniciativa militar, y en un gesto suicida abre el fuego de fusilería que hace retroceder al invasor; unos caen y otros corren a parapetarse en unos furgones de ferrocarril que están

frente a Faros, las lanchas dan la cía-boga, se entabla un desigual combate y al fuego de fusil de los cadetes se les contesta con fuego de artillería del "PRAERIE" y otras Unidades del enemigo dirigido a la Escuela Naval. Se unen a la acción de la Escuela el fuego de franco-tiradores del valiente pueblo veracruzano y de algunos españoles simpatizadores de la defensa, quedando como testimonio de la diferencia de armas y poder, los impactos de las granadas en los muros de la Escuela y el puerto bloqueado por 65 barcos de la flota invasora.

Con el bautizo de sangre de sus hijos José Azueta y Virgilio Uribe, el primero abatido luchando heroicamente al descubierto con una ametralladora cerca de la Escuela que estuvo con nosotros como dijo y, Uribe, que haciendo fuego en una ventana del costado norte con el Teniente Mayor Don Juan de Dios Bonilla y con el suscrito, se fué a otra ventana a encontrar la inmortalidad, ofrendando sus vidas en holocausto por la Patria, para que la tradición de esta hazaña le diera el nombre de HEROICA a la ESCUELA NAVAL MILITAR.

Cadete JULIAN CAMACHO MARTINEZ.

El día desde el principio estuvo triste, se notaba que algo anormal sucedía en el Puerto; los profesores, uno que otro concurrió a sus clases, siendo la mayoría de los del grupo militar de la Armada y los Oficiales de la planta de la Escuela.

Aproximadamente a las 12 del día, se presentó el Comodoro, Don Manuel Azueta, arengándonos para defender la Patria y todos al unísono contestamos con Vivas a México y en seguida los que no estaban armados se fueron al Depósito a tomar sus armas y prepararse para la Defensa de la Escuela. La dotación de parque era muy escasa, por lo que un grupo de alumnos acompañados del Cabo Mario Rodríguez Malpica, se fueron al cuartel de artillería para pedir parque y cual sería la sorpresa que recibieron al no encontrar a nadie y abandonadas no recuerdo cuántas cajas de parque y una caja con Rifles Mauser nuevecitos; todo se trajo a la Escuela y se prepararon con la dotación suficiente para la defensa.

En la puerta principal, después de cerrarse se reforzó con cajas de material de pizarra en cajas que estaba desti-

nado a la ampliación de la Escuela. Poco antes de que la puerta se cerrara, llegó el Teniente de Artillería José Azueta, para indicarle al Comodoro su padre, que de parte del Gral. Jefe de la Guarnición de la Plaza, se trasladara con la Escuela a Tejería, a lo que respondió el Comodoro que la Escuela estaba en pie de Guerra y sería defendida por el personal de Oficiales y alumnos. En el Puerto quedaron del cuartel de Artillería, los Tenientes, JOSE AZUETA, ALFREDO CAÑETE y MARAÑON, salidos los tres de la Escuela a principios de año.

El desembarco por el malecón de Sanidad comenzó como a las 1230, que abrimos el fuego de la sala de banderas y de las oficinas instaladas con vista al mar, Dirección, Sub-dirección y Detall, en la planta alta y en seguida reembarcaron llevándose algunos muertos y heridos en las embarcaciones de desembarco, desde la sala de banderas hacíamos disparos al Prairie que se encontraba fondeado frente a la Estación de Torpedos, generalizando el combate en todo lo que era el cuartel de la Primera Briga-

da, donde fué herido de muerte el alumno Virgilio Uribe por un soldado del batallón de Panamá, que logró parapetarse en las ruinas del mercado que se construía junto a la Pescadería y el que también murió por un certero balazo del cabo Luis Pérez Chípuli, que libró de la muerte al alumno Luis G. Sevilla, que se encontraba también parapetado en la misma ventana donde fué herido Uribe.

Inmediatamente que comenzaron a llegar a los barcos de guerra Florida y Prairie los lanchones con las tropas que regresaron del desembarco, comenzó el ataque de artillería del Prairie y Florida, cuyas granadas lanzaban las cajas y perforaban la Puerta Principal hasta la mitad del patio de la Escuela y lle-

gó el momento en que todo estaba lleno de humo, muchas granadas no explotaron y juntamente con el parque se entregaron en Tejería, donde fueron entregados 26,000 cartuchos.

El Teniente José Azueta, fue herido en la puerta de la Escuela preparatoria y fue recogido por el Teniente Cañete y Marañón que murió en la toma de Chihuahua a las órdenes del Gral. Jacinto B. Treviño.

Abandonamos la Escuela aproximadamente a las 8 de la noche en el mayor orden y durante la marcha fuimos atacados por los voluntarios del Pelón en la antigua Alameda de Veracruz, incorporándonos en Tejería al Ejército de la Guarnición a las 2 de la mañana.